

Se atribuye a Silvela la frase aquella de «Madrid, en verano, sin familia y con dinero, Baden-Baden», y en nuestros días son todavía muchos los que sostienen que no hay en España mejor lugar que Madrid para veranear. Me refiero, claro está, no a los que de este modo se consuelan de no poder marcharse, sino a los que, pudiendo hacerlo, prefieren quedarse en la ciudad, aliviada como está durante el verano del tráfico que la hace insoportable durante el resto del año. Pero la frase de Silvela contiene otros elementos. Aparte de mencionar la necesidad de dinero para hacer de Madrid el famoso balneario alemán de moda a principios de siglo, pone como condición la de estar, en el verano de Madrid, «sin familia». Y esto es a lo que iba, porque la frase de Silvela es, quizá, la primera formulación teórica de la madrileña, o como diría un cronista de la Villa, de la madrileñísima institución de los «Rodríguez». No cabe duda que en otras ciudades españolas hay gente que se queda «de Rodríguez», pero el origen del concepto es claramente madrileño. Como es sabido, según la interpretación popular, porque en esto no nos ayuda la ciencia etimológica, la expresión procede de la costumbre que se supone a los hombres casados de dar un nombre falso, el de Rodríguez, al iniciar, en ausencia de su esposa, relaciones con otra mujer, a fin de evitar posibles complicaciones matrimoniales al regreso de aquella. En principio, el Rodríguez es el hombre que se queda solo en Madrid cuando su mujer se marcha con los hijos de veraneo. Raramente se aplica el concepto cuando el viaje de la mujer se realiza en época distinta del año o por causas diferentes al veraneo. Es en los meses de julio y agosto cuando aparecen los Rodríguez. Y no se suele hablar de que alguien «está de Rodríguez» sin hacer con ello una alusión picaresca. «¡Estoy de Rodríguez!», dice un amigo a otro en tono exultante para avisarle de la libertad de que goza desde la marcha de su esposa. «¿Qué, de Rodríguez, verdad?», le pregunta la camarera de la cafetería donde suele desayunar, o la vecina que se topa con él en la escalera, o las mujeres de los amigos, al hombre que tiene la familia fuera, en un tono de tolerante broma. Ser «Rodríguez» tiene otras connotaciones. Se habla de los problemas domésticos que padecen los «Rodríguez» desasistidos de sus mujeres, de la íntima vergüenza que sufren al ir a la compra, de los trabajos que pasan para hacerse la comida, del desorden que reina en su casa y del desastre en que se convierte su vida. Es proverbial la historia del Rodríguez que, andando desnudo por su casa en una noche calurosa, se acuerda de que tiene que sacar el cubo de la basura al rellano de la escalera. Por no vestirse, se asoma el hombre a ver si viene alguien y saca el cubo, con tan mala fortuna que, debido a las corrientes de aire, se cierra tras él la



RODRIGUEZ

puerta del piso. Las aventuras que pasa a partir de ese momento, cuando sube por la escalera el vecino del piso de arriba con su señora y sus hijas, son para contadas con ilustraciones de tebeo.

En estos días del verano, los «Rodríguez» están presentes o, diríamos, son muy visibles, en las calles de Madrid, en los restaurantes, en las terrazas de los cafés, en la puerta de los cines. Se les ve en grupos de dos o tres, con aspecto vacante, como dejándose llevar por la sensación de la libertad de que gozan temporalmente. Salen de noche a «tamar una copa» o «a darse una vuelta». Nótese que mientras «tomarse una copa» es cosa que puede hacer todo el mundo, solamente los hombres pueden salir en España «a dar una vuelta». También es frecuente salir «a ver lo que hay». Pienso que, en los artículos y comentarios que invariablemente se publican en verano en los periódicos sobre el tema de los Rodríguez, se tiende siempre a limitar, con cierta mojigatería, el problema de los Rodríguez a las peripecias que pasa el hombre español, inepto en general en las tareas domésticas, para arreglárselas solo. La moraleja de muchos artículos es la de que, al cabo de un par de semanas de vivir solo, está el hombre deseando que vuelva la solícita esposa de la playa para ordenar su existencia. Mucho me temo que esta sea la versión oficial de los hechos. Ocultan estos artículos la cuestión fundamental en la soledad del Rodríguez, una institución que en modo alguno atenta contra la integridad del sistema familiar vigente, sino al contrario, que le sirve como de válvula de escape. Una institución que podríamos llamar colaboradora, socialmente tolerada, con la tolerancia de la vista gorda y que la mujer veraneante admite, sin terminar de saber lo que admite, como se admite «la canita al aire». El concepto de «la canita al aire», más antiguo y pasado de moda que el concepto de «Rodríguez», no tiene preferencias en lo que se refiere a la estación del año en que se practica.

Una nota muy importante en la institución de los Rodríguez (ni que decir tiene que hoy no miente ya nadie diciendo que se llama Rodríguez, y los que así se apellidan tienen desventaja en esto), es que estar de Rodríguez significa haberse quedado en

la ciudad en que uno vive mientras la mujer se ha marchado de vacaciones. El madrileño que se marcha a Bilbao o el bilbaíno que se va a Madrid no está «de Rodríguez», aun cuando es muy dueño de «echar una canita al aire» si todavía utiliza el término. Ahora bien, hay signos que apuntan a la posibilidad de que la mujer casada pueda también «estar de Rodríguez» en caso de ausencia de su marido. Es expresión que el lenguaje admite y practica, que poco a poco se abre camino en la aceptación social. Por extensión, aunque no en sentido estricto, se dice también que está de Rodríguez la novia que tiene el novio de viaje, o la chica cuyos padres se han marchado de veraneo. A mí me sorprendió mucho un día un amigo de San Sebastián que estudiaba en Madrid al decirme que se había quedado de Rodríguez. «Pero, ¿tú no estás casado, no?», le pregunté yo. Y él dijo: «No, hombre, es que se ha marchado mi hermano a San Sebastián».

En la situación del hombre que está de Rodríguez, o de la mujer que está de Rodríguez, pues ya parece haber empezado a apuntar esta figura, la característica que hace admisibles sus relaciones extramatrimoniales es que la duración de éstas se concrete a la temporada del veraneo y no invada estaciones como el otoño y el invierno, generalmente consideradas más «serias». De lo contrario, se convertirán en «dramas» o «problemas» no aceptables por la sociedad, no aceptables siquiera por los amigos que aplaudieron el establecimiento de unas relaciones fugaces. Este carácter de fugacidad y superficialidad de las relaciones personales está presente también en otra figura muy del día: el ligue. Para ser admitido necesita ser breve y transitorio, de lo contrario deja de ser ligue y se hace socialmente inaceptable. También en esto del ligue hemos visto evolucionar el papel de la mujer. Hace unos pocos años, actuaba sólo como sujeto pasivo del ligue y se hablaba de que había sido ligada, lo mismo que son «ligados» los pájaros con la viscosa sustancia llamada «liga». Cuando se veía que una mujer podía ser ligada, nunca se decía que ella era la que ligaba. Se decía que estaba «quedada». Las chicas aparentemente fáciles para el «ligón» que pretendía ligarlas, se llamaban «quedonas». Actualmente, la mujer sale a «ligar» igual que el hombre, y aunque su comportamiento en el ligue no es directamente activo como el del varón, sin embargo, su actitud ha dejado de ser tan pasiva como solía serlo. Su papel es de creciente participación.

Y aquí termino estas notas sobre los Rodríguez, institución española si las hay, con todo el fondo de restricciones que su existencia sugiere. Menguada válvula de seguridad capaz de proporcionar tanta alegría en su espejismo de libertad como angustia en su irremediable destino. ■ LUIS CARANDELL.